

cuaderno



LITERATURA :: CINE :: TEATRO :: FOTOGRAFÍA :: ARTES VISUALES :: CIENCIAS :: LA VIDA MISMA

FUNDACIÓN PABLO NERUDA

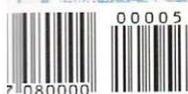
Chile imaginado

CHALINGA O LOS HUÉRFANOS DE LA REPÚBLICA

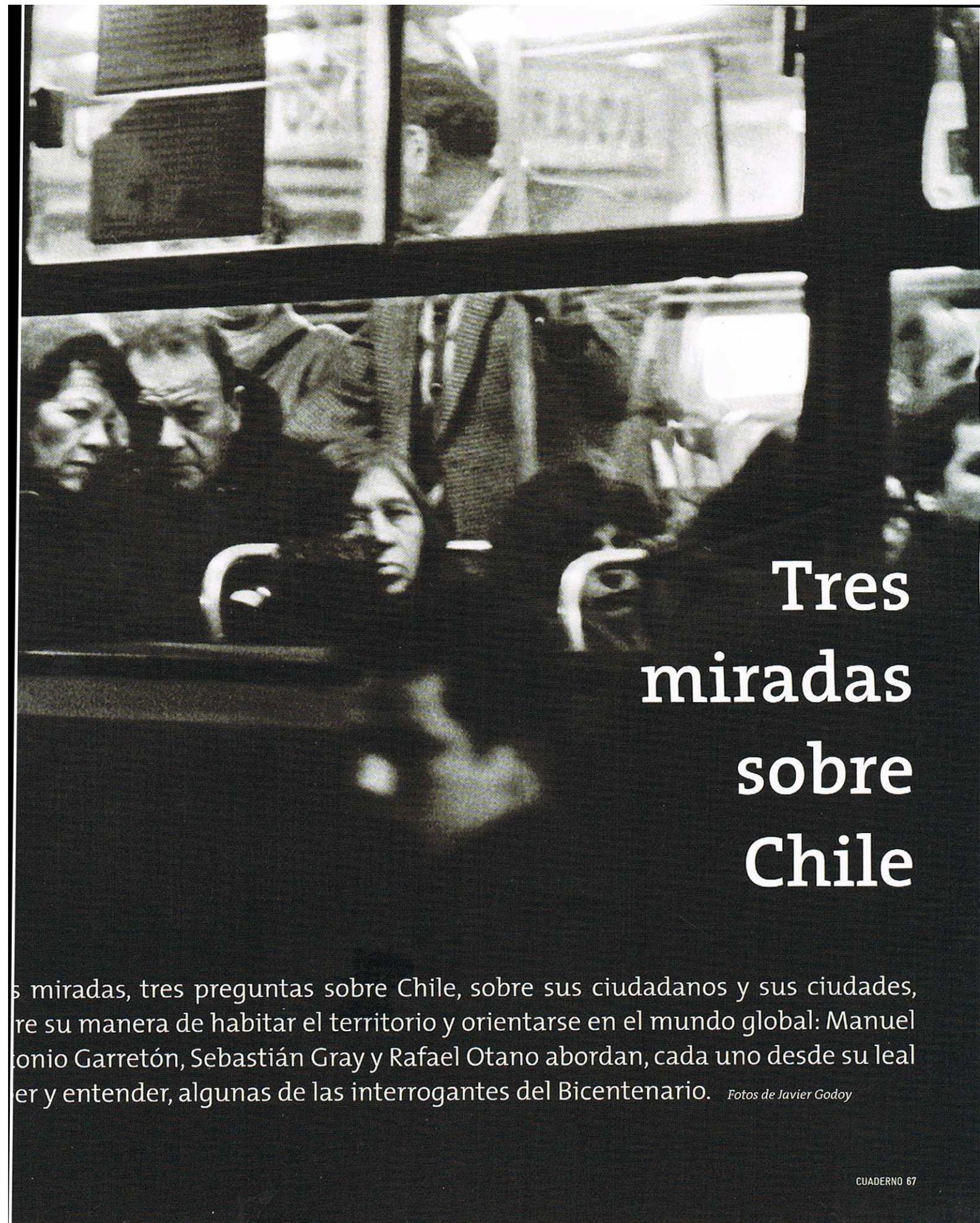
MAPUCHES & HOLANDESES

ORÉLIE ANTOINE, PADRE DE LA PATRIA

POSTALES DE BENMAYOR ~ DUCLOS ~ GONZÁLEZ LOHSE ~ SALINAS ~ SCHKOLNICK ~ **ADEMÁS:** CARLOS FUENTES ~ MANUEL ANTONIO GARRETÓN ~ SEBASTIÁN GRAY ~ ÓSCAR HAHN ~ CRISTIÁN WARNKEN



VENTA \$3000



Tres miradas sobre Chile

Las miradas, tres preguntas sobre Chile, sobre sus ciudadanos y sus ciudades, sobre su manera de habitar el territorio y orientarse en el mundo global: Manuel Antonio Garretón, Sebastián Gray y Rafael Otano abordan, cada uno desde su lealtad y entender, algunas de las interrogantes del Bicentenario. *Fotos de Javier Godoy*



Clase política y ciudadanía.
La doble cara de la ética y la
política en el Chile del bicentenario

Por Manuel Antonio Garretón

La cuestión de las relaciones entre ética y política en el contexto del bicentenario tiene una doble dimensión, una que afecta al quehacer y la clase política, otra que afecta al sujeto político por excelencia que es el ciudadano.

La primera va más allá de aquellos aspectos más mediáticos y también más vinculados a los temas delictivos como la corrupción. De hecho, el concepto mismo de corrupción se redefine sobrepasando los temas referidos a las relaciones entre política y dinero –por supuesto no superados aun pero que no agotan el concepto de corrupción–, en la medida que se trata de cualquier apropiación de un bien público para satisfacer un interés privado o particular, sea éste económico (como el dinero), pero también simbólico, como el prestigio, o político como el poder. Y quizás la forma más generalizada de corrupción hoy día se refiera al uso de lo público para intereses sociales y políticos, porque ella tiene menos cortapisas explícitas que la corrupción por dinero.

Esta nueva forma de corrupción tiene que ver con una importante transformación en el sentido mismo de la política o lo que podría llamarse el paso de política ideológica, que gira en torno a un proyecto, una causa, una utopía, a la política instrumental, profesional o pragmática que gira en torno a intereses y a lo que es posible de acuerdo a la “realidad”, que no es sino la configuración inmediata de determinados intereses. La ética de la política ideológica la fijaba el fin o el proyecto que se perseguía: era bueno (objeto de la ética) lo que servía a mi proyecto o causa, y ello determinaba las normas de conducta aceptables. En el reino de la política instrumental, es bueno lo que sirve a mi carrera, o a mi interés y el de los grupos que quiero representar, y por lo tanto la norma ética la fija el cálculo del poder. La corrupción puede ser entonces personal o corporativa.

Lo que se olvida, en el caso de la política ideológica, es que no hay un solo proyecto o causa; y en el caso de la política instrumental, que tampoco hay un solo interés particular, porque lo que podríamos llamar el interés general es distinto a un promedio o a la suma de intereses particulares. Por ello, hay que buscar principios éticos de la acción política que trasciendan tanto a los proyectos como a los intereses particulares. Y es evidente que el problema hoy radica menos en la identificación entre proyecto ideológico y ética, que entre interés particular y ética. Y respecto a este último, si bien aun faltan controles económicos sobre la relación entre política y dinero, son aun más escasos los controles sobre las formas nuevas de corrupción, es decir, sobre el uso del poder y el bien público para el propio poder, influencia o prestigio.

Y ello nos lleva a la segunda dimensión de la cuestión ética en política, que tiene que ver ya no estrictamente con la actividad política, sino con el comportamiento de los ciudadanos. En efecto, ha crecido una conciencia ética en los ciudadanos en lo que respecta al control de la clase política, especialmente en lo atinente a la corrupción ligada al dinero o uso de bienes públicos materiales para el enriquecimiento personal o grupal. Así, prácticas

Se olvida que hay una ética de la ciudadanía, ciudadanía que no puede definirse sólo como un conjunto de derechos individuales sino como la corresponsabilidad en el manejo de la polis. El ciudadano tiende, entonces, a actuar no con la ética de un sujeto con derechos y deberes, sino con la de un consumidor en el mercado, que juzga la política como un producto más al servicio de sus intereses.

que antes eran objeto de indiferencia para la opinión pública o la ciudadanía (que ya no son lo mismo), hoy no son aceptables o son rechazadas, lo que permitiría hablar de una ciudadanía más exigente. Pero en lo que se refiere a aquellos problemas éticos menos visibles, que no responden a la percepción clásica de corrupción, la respuesta de la ciudadanía tiende a ser la apatía y el rechazo de la política; es decir, tiende a seguir la misma lógica de confundir el interés particular con el general. Me interesa la política sólo si se preocupa de mis problemas (“los problemas de la gente”) y, si no, la critico por inútil y me alejo de ella. En el fondo se olvida que hay una ética de la ciudadanía, ciudadanía que no puede definirse sólo como un conjunto de derechos individuales sino como la corresponsabilidad en el manejo de la polis. El ciudadano tiende, entonces, a actuar no con la ética de un sujeto con derechos y deberes, sino con la ética de un consumidor en el mercado, que juzga la política como un producto más al servicio de sus intereses. Y esos intereses incluyen el estado de ánimo (*el sentirme bien*), por lo que la participación política dependerá de ese estado de ánimo: no otra cosa es la idea del voto voluntario que se ha impuesto en los últimos años, sin percibir que con ello se llegará a un sistema político aun más elitista que el actual.

Quizás la cuestión política fundamental de la época del bicentenario –y es mejor hablar de época– que de unas fechas precisas, sea el debilitamiento de un sentido fuerte de comunidad nacional y plurinacional, en que se debaten los proyectos históricos y lo que queremos ser como país. Reconstruir este sentido es el desafío principal. Y contra ello conspira principalmente la falta de una ética que en la clase política vuelva a ligar los componentes ideológicos con los instrumentales, y que en la ciudadanía vuelva a ligar la dimensión hoy día desatada de los derechos individuales con la de los deberes de sujetos partícipes de una comunidad política.